

LIBELOS ILUSTRADOS EN EL
CADIZ ROMANTICO
Los panfletos liberales de Bartolomé José Gallardo

Alberto GONZÁLEZ TROYANO

Durante las últimas décadas del siglo XVIII se asiste a la eclosión de un tipo de literatura inmersa en las diatribas que conmueven a la sociedad española de entonces. Al calor de las ideas ilustradas y en apoyo de los nuevos criterios sociales se difunden en ciertos ambientes una serie de folletos, que por su intención, estilo, brevedad e incluso formato adquieren una naturaleza muy específica. Se trata de escritos que no pretenden un efecto prolongado, ni zanjar cuestiones, a veces sólo intervenir en las disquisiciones. De ahí su escasa extensión en número de páginas y su deliberado aire efímero (reflejo quizás de un nuevo —aunque no confesado— escepticismo ante la perdurabilidad de las ideas y de las cosas).

Este tipo de folletos, acogidos inicialmente bajo la denominación más bien despectiva de libelos⁽¹⁾ o de panfletos⁽²⁾ contaba con una larga tradición. La denuncia política —aunque con un recorrido casi siempre clandestino— había tenido en la España moderna⁽³⁾ intermitentes manifestaciones. Pero el régimen de tenue libertad de Carlos III, a pesar de mantener intactos los instrumentos de control ideoló-

(1) *Libelo* tiene etimología latina y en todas las acepciones principales que registran tanto el *Covarrubias* («este crimen es muy grave, y así se castiga con mucha severidad») como el *Diccionario de Autoridades* se resalta su carácter «denigratorio y perjudicial». Las más recientes ediciones del *Diccionario de la Academia* le dan cabida también con el mismo tono despectivo.

(2) *Panfleto* en su acepción moderna tiene origen inglés, pero posiblemente pasó al castellano a través del francés, donde ya es de empleo común en 1653. La edición del *Diccionario de la Academia* de 1984, no lo registra. La mayoría de los diccionarios de uso le conceden una significación sinónima a la de libelo.

(3) Vid. Teófanos Egido: *Sátiras políticas de la España Moderna*, Alianza, Madrid, 1973.

gico, consintió el recurso a unos textos en los que se acogieron tanto el «legado de arbitristas, proyectistas y repúblicos»⁽⁴⁾ como la incidencia de «las 'luces' que penetran en España»⁽⁵⁾ y en los que los ilustrados más audaces pregonaron y combatieron por las reformas políticas, económicas o sociales. A la labor desarrollada por escritos tan singulares casi podría aplicársele el mismo panegírico con el que exaltó Adorno otro género literario relativamente colindante: «el ensayo provoca a la defensa porque recuerda y exhorta a la libertad del espíritu, la cual, desde el fracaso de una tibia ilustración ya fracasada en los días de Leibniz, no se ha desarrollado suficientemente ni aun hoy, bajo las condiciones de la libertad formal, sino que siempre ha estado dispuesta a proclamar como su más propia aspiración el sometimiento a cualesquiera instancias. Pero el ensayo no admite que se le prescriba su competencia. En vez de producir científicamente algo o de crear algo artísticamente, el esfuerzo del ensayo refleja aún el ocio de lo infantil, que se inflama sin escrúpulos con lo que ya otros han hecho. El ensayo refleja lo amado y lo odiado en vez de presentar el espíritu, según el modelo de una ilimitada moral del trabajo, como creación a partir de la nada. Fortuna y juego le son esenciales. No empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre, termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno: así se sitúa entre las 'di-ersiones'. Sus conceptos no se construyen a partir de algo primero ni se redondean en algo último. Sus interpretaciones no están filológicamente fundadas y medidas»⁽⁶⁾ La mayor parte de los libelos dieciochescos españoles podrían pasar por este tamiz valorativo explicado por Adorno: provocan defensas viscerales en los medios conservadores, cualquier tema puede ser de su incumbencia, no hay pretensión sistematizadora y muchas veces se conciben como un divertimento en el que la ocurrencia castiza puede ser tan demoledora como los argumentos más fundados.

Cuando el intento de reconducción absolutista de Carlos IV se hace evidente con su hostigamiento a la anterior permisibilidad, la circulación de los libelos se mantiene como hábito ya acuñado aunque daba someterse a un mayor anonimato por parte de sus autores. Además la propia congelación de las esperanzas depositadas en las reformas paulatinas emprendidas desde la Corte, obliga a muchos ilustrados a asumir posturas más radicales que deben ser proclamadas o justificadas por escrito a través de los libelos o de los pasquines. La escasa prensa periódica, más o menos institucionalizada y controlada por tanto, no podía recoger las actitudes e

(4) Iris M. Zavala: *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII*, Ariel, Barcelona, 1978; p. 39.

(5) Richard Herr: *España y la revolución del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1964; p. 31.

(6) Theodor W. Adorno: «El ensayo como forma» en *Notas de literatura*, Ariel, Barcelona, 1962; p. 12.

ideas que implicasen aspectos corrosivos para el régimen. Pero incluso esa mínima prensa se persigue y «el 24 de febrero de 1791 se promulga un decreto suprimiendo todos los periódicos, con la excepción de la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*, al que se prohibía que tratase temas políticos de ninguna clase. Posteriormente fueron autorizados otros periódicos con las mismas limitaciones»⁽⁷⁾ El único campo posible por tanto para ejercer la crítica y programar soluciones de recambio era el de los «papeles sediciosos» en forma de libelo —el escrito quizás con más intención discursiva (dentro de su carácter), de 'perfidia' más sutil y soterrada—, de panfleto —con más aire de proclama y exaltado de tono— o de pasquín —que abandona la difusión encubierta para buscar las esquinas de los lugares públicos con su contenido breve, epigramático, de denuncia y consigna—.⁽⁸⁾ La recuperación de este tipo de literatura *subterránea* que sólo ha sido emprendida esporádicamente,⁽⁹⁾ permitiría —como ocurre con la literatura de los pliegos de cordel— tener acceso a unas fuentes tangenciales, marginales aparentemente, pero que debieron tener importante incidencia en la vida cotidiana de la época y que pueden resultar muy reveladoras en ese aspecto.

El Cádiz de finales del siglo XVIII aglutinaba, acentuados, entre sus murallas, todos los fermentos que movilizaban a la sociedad española de entonces. La ideología liberal estaba allí asentada de forma más viva, porque era el resultado de la convergencia de imperativos económicos y sociales y de la propia permeabilidad de la ciudad, abierta por su geografía y cosmopolita por la diversidad de personajes que la transitaban. Las Cortes de la segunda década del siglo XIX dan resonancia a un espíritu que de forma más larvada ya existía en Cádiz.⁽¹⁰⁾ Pero la gran incidencia que durante esos años cobra lo político, ha volcado la atención en los análisis y repercusiones del texto de la Constitución doceañista y ha relegado a un lugar más accesorio las polémicas, los libelos, los panfletos que tuvieron lo filosófico, lo cultural o los hábitos y costumbres como puntos de referencia y discusión. Aunque por aquella época lo político y lo filosófico no estaba todavía tan escindido (el mismo Gallardo les da una acepción casi sinónima en su *Diccionario*: «las razones de los políti-

(7) María Cruz Seoane: *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Castalia, Valencia, 1977; p. 21.

(8) Una cierta diferenciación podría establecerse entre textos tan expuestos a confundirse como el libelo, el panfleto y el pasquín. Inicialmente la clasificación tal vez resultase algo artificial, pero podría ayudar al desbroce de unos escritos muy fronterizos unos de otros y que hasta ahora se ha hecho muy poco por catalogar.

(9) Es el caso por ejemplo de *Pan y toros y otros papeles sediciosos del siglo XVIII*, recogidos y presentados por Antonio Elorza, Ayuso, Madrid, 1971.

(10) Vid. Martínez Quinteiro: *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz*, Narcea, Madrid, 1977.

cos (o seanse filósofos) liberales»);⁽¹¹⁾ la relectura que los historiadores han realizado de Las Cortes gaditanas tiende a primar la dimensión política sobre los otros componentes que se debatieron no tanto en las sesiones de San Felipe Neri como en la calle, con aquella incesante y fluida proliferación de libelos, sueltos de periódicos y hojas volanderas.

Por otra parte, no deja de ser paradójico que desde el momento en que se promulga el decreto de libertad de imprenta el 10 de noviembre de 1810,⁽¹²⁾ que delataba una clara decantación de las Cortes hacia las opciones liberales, los grupos más inmovilistas recurren al libelo —que anteriormente había sido *arma* exclusiva de librepensadores y heterodoxos— para arremeter y denunciar las nuevas medidas renovadoras y a sus promotores. Incluso en el recurso al seudónimo —recuérdese el de ‘filósofo Rancio’ que encubría al padre Alvarado— hay un cierto mimetismo de los antiguos usos de sus contrincantes. Y el episodio que sirve de detonante para todo el proceso relacionado con la publicación del *Diccionario* de Gallardo es la difusión alcanzada por un libelo antiliberal de veintidós páginas de extensión.⁽¹³⁾

Un indicio de la proliferación que consigue género literario tan peculiar puede rastrearse en el *Ensayo de bibliografía y tipografía gaditanas* de Dionisio Pérez,⁽¹⁴⁾ que sin pretender ser exhaustivo recoge de todas formas ciento noventa y seis títulos en el apartado de «Índice de papeles y opúsculos anónimos publicados durante las Cortes de Cádiz». De lo que se puede conjeturar, a grandes rasgos, que uno de cada tres de los días que permanecieron las Cortes en la Isla y en Cádiz —y en entorno sitiado por los franceses— circulaba un nuevo libelo. Desgraciadamente la recopilación, análisis de su contenido y posible atribución de todo ese material anónimo está por emprenderse, si se exceptúa un mínimo de casos, entre ellos los que sirvieron de precedente, pretexto o fueron consecuencia de las polémicas entabladas alrededor de la figura de Bartolomé José Gallardo.⁽¹⁵⁾

(11) Bartolomé José Gallardo: *Diccionario crítico-burlesco*, Cádiz, 1811, p. VII. También para los elementos conservadores y absolutistas las dos palabras venían a designar algo similar: «todas las perniciosas reformas se atribuyen a los resultados de la filosofía del siglo anterior y, en efecto, con este nombre de filósofos, que llegó a ser así un estigma, zaherían a los liberales sus enemigos más encarnizados» (P. Sainz y Rodríguez: *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo*, New York, París, 1921; p. 52).

(12) Vid. Emilio La Parra López: *La libertad de prensa en las Cortes de Cádiz*, Nau, Valencia, 1984; y Javier Herrero: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Edicusa, Madrid, 1971.

(13) El *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España. Obra útil y necesaria en nuestros días*, Cádiz, 1811.

(14) Dionisio Pérez: *Ensayo de bibliografía y tipografía gaditanas*, Madrid, 1905.

(15) Si se exceptúa el trabajo de Cristina Torra «Bartolomé José Gallardo y el Diccionario crítico-burlesco» publicado en *Estudios sobre las Cortes de Cádiz*, Universidad de Navarra, 1967, no existen estudios específicos sobre los escritos de su estancia gaditana, pero tanto en las obras de Sainz Rodríguez como en la de Marqués Merchán, dedicadas a Gallardo, se destina bastante espacio a comentarlos.

Y la insistencia en esos textos de Gallardo no es arbitraria, dado que si se hubiese de elegir un personaje que por sus tribulaciones, por su combativo apasionamiento, y por el ansia de libertad que transmiten sus escritos, fuese capaz de sugerir el ambiente múltiple y tenso de los años de las Cortes de Cádiz, tal vez nadie mejor que Bartolomé José Gallardo podría prestarse a servir de síntoma y de reflejo de cuanto acontecía en la ciudad. Porque dentro de la amplia gama de escritores singulares que configuraron la atmósfera de aquellos días turbulentos y polémicos entre serviles y liberales, él es quien concita las más opuestas opiniones, suscitando un tipo de entusiasmo y de odio, tanto por su obra como por su batallar diario, que puede valer como testimonio revelador de la escisión del país en aquellas décadas. Y esto puede resultar tanto más sorprendente cuanto que él actúa más bien desde la individualidad —que le desborda— del *filósofo* (en el sentido ambivalente aludido en la nota 11) y no desde un cargo de diputado con representación política.

Pero los escritos publicados por Gallardo durante su estancia gaditana interesan no sólo por su carácter exponente de las polémicas entre serviles y liberales, suponen también una radiografía de las propias tensiones internas vividas por un ilustrado español, escindido entre su ideario «librepensador, racionalista y volteriano»⁽¹⁶⁾ —es decir imbuido de todo el patrimonio cultural dieciochesco y cosmopolita— y su apuesta instintiva contra el afrancesamiento de la invasión napoleónica, con su consiguiente repliegue hacia una causa patriótica, tan ambigua por otra parte al contar con todo el apoyo del claricalismo más trasnochado. Y si bien ese fue un drama y un dilema general vivido por otros muchos liberales españoles, la atmósfera de reducto, de matraz, de crisol cargado de ambivalencias que fue el Cádiz de 1810 a 1812, le presta a la obra de Gallardo —producto y factor de aquellas circunstancias— un significado muy simbólico.

Cuando un mundo cultural y político como el del Cádiz de las Cortes, asediado y acosado real y metafóricamente, recurre a ciento noventa y seis libelos —sólo los catalogados—, además de la prensa de circulación periódica, para expresarse, muestra con ello una efervescencia derivada en parte de la nueva libertad de imprenta pero también revela la cantidad de matizaciones, componendas, rectificaciones y críticas que exigía aquel difícil alumbramiento de la España liberal que pretendía surgir. Por otra parte la cotidiana contienda política y bélica, con su urgencia, no siempre pudo relegar la nueva sensibilidad romántica que quizás fue entonces cuando más intensamente se incubó. No tanto desde una perspectiva conceptual pero sí desde el punto de vista de los sentimientos y de la transformación gradual de los principios políticos ilustrados («el romanticismo derivó principalmente de fuentes filosóficas dieciochescas»)⁽¹⁷⁾ puede que el germen de la España romántica

(16) Andrenio: *De Gallardo a Unamuno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926; p. 10.

(17) Russell P. Sebold: *Trayectoria del romanticismo español*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1983; p. 8.

ca prendiera mejor en aquel Cádiz exaltado y conflictivo que en el representado por las sosegadas páginas del *Diario Mercantil* de siete años más tarde, que recogía los artículos de Juan Nicolás Böhl de Faber, tan reiteradamente relacionados con el despertar teórico del romanticismo español.

La figura de Gallardo puede verse por tanto como «un reflejo exacto de las vicisitudes de la época»⁽¹⁸⁾ y el tipo de libelo que él prodiga puede leerse también como síntoma de aquellos momentos de efervescencia y transformación de las ideas y de las sensibilidades que se vive en el Cádiz de entonces. Los escritos anteriores de Gallardo expresaban unos criterios que respondían «al ambiente *condillaquista* o sensualista que se respiraba en la Salamanca intelectual de su juventud»⁽¹⁹⁾ e incluso al llegar a Cádiz –acosado por el avance de las tropas napoleónicas– aparece todavía «impregnado del ingenuo filantropismo rousseaiano que llenaba el ambiente de España»⁽²⁰⁾ pero bajo la presión de las ideas de nación y soberanía y ante el acicate de las polémicas, radicaliza sus planteamientos y reelabora algunos soporres «filosóficos» para los nuevos principios liberales. No obstante, tal vez lo que tras ello se anuncie como más nuevo es esa actitud de inmersión apasionada e impetuosa en la defensa pública de unos ideales y de unos sentimientos, con el recurso de un lenguaje y de unos efectos estilísticos que ya no busca la complicidad sólo de un grupo de ilustrados sino que también pretende una audiencia popular. En esa actitud pueden desmenuzarse ya muchos rasgos de lo que va a ser una mentalidad romántica.

La apología de los palos⁽²¹⁾ supuso para Gallardo un ejercicio de aprendizaje estilístico que le permitió sintonizar con lo que el público requería. De una parte «su estilo literario, castizo y rancio, tenía aroma de vieja solera castellana y marcada propensión arcaica»⁽²²⁾ que conectaba muy bien en una ciudad que había hecho de los sainetes y del habla castiza de los personajes de González del Castillo uno de sus mayores logros literarios, pero además la ironía se vislumbró pronto como un arma mucho más contundente por su efecto demoledor que el habitual tono satírico de los libelos dieciochescos de los ilustrados.

Tras esta prueba y ensayo, acogida con general beneplácito –salvo por aquellos pocos que se debieron sentir zaheridos– Gallardo acometió la empresa del *Diccionario crítico burlesco*, que en principio se presentaba como una réplica a otro libelo pero que no tardó en convertirse en punto de referencia –para su defensa o

(18) *Obras escogidas* de don Bartolomé José Gallardo. Prólogo, edición y notas de P. Sainz Rodríguez, Madrid, 1928, p. IX.

(19) *Ibid.*, p. IX.

(20) *Ibid.*, p. IX.

(21) *Apología de los palos*, publicala el Licenciado Palomeque, Cádiz, 1811.

(22) Andrenio, *Ob. cit.*, p. 17.

para ser atacado- de toda una serie de folletos en los que podrían estudiarse todas las posibilidades existentes –en extensión, criterios, estilo, finalidad– desde el libelo al pasquín. Porque incluso de esto último hubo ejemplos, como el del que «hace fijar por las esquinas el desaforado cartel que dice así: Verdadero desafío que para el 27 de este mes de Abril a la una del día, frente a la parroquia de San Antonio emplaza un madrileño honrado, al infame, libertino, hereje, apóstata y malditísimo madrileño, monstruo de los infiernos, peor que Mahoma, más taimado que los llamados reformadores, discípulo de la escuela de los abismos»⁽²³⁾ Desde este tipo de descalificación declamatoria hasta su consideración de «libro prohibido aun para los que tienen licencia para leer libros prohibidos»⁽²⁴⁾ el *Diccionario* recoge incluso antes de su publicación toda la animosidad latente en una ciudad en la que por primera vez se debate públicamente lo que hasta ahora sólo había podido tener un cauce soterrado para su manifestación. Leídos con distancia y sosiego los artículos del *Diccionario* se alejan mucho del contenido escandaloso con el que los absolutistas y el clericalismo intransigente quisieron involucrarlo. También se puede sospechar que el *Diccionario* sirvió de pretexto para que las tensiones ideológicas de la ciudad tuviesen, al margen de los debates formales de las Cortes, otras diatribas en las que canalizarse. Es como si la calle hubiese exigido también sus actas y sus taquígrafos y los libelos y libelistas hubiesen suplido ese servicio.

Pero aparte de esa *función* de posibilitar un asidero para la polémica callejera, del café o de la tertulia, la clave de la gran incidencia de los libelos de Gallardo puede que resida en la nueva utilización de esos elementos estilísticos a los que se aludía antes. No son las ideas puestas en juego por Gallardo las que resultaban suverivas –esos mismos planteamientos habían circulado en las obras de la mayoría de los ilustrados– sino el recurso al humor y a la ironía para el tratamiento de unos temas que habían estado hasta entonces preservados de tales acometidas. Para mayor irritación además de sus oponentes tradicionalistas el corrosivo humor de Gallardo y su demoledora ironía se asentaba en un lenguaje castizo en la línea de la mejor recuperación de los escritores clásicos. Hasta tal punto fueron conscientes los representantes del absolutismo de ese poder de Gallardo que no dudaron de exponerlo en la 'Calificación hecha por orden de la Regencia por la Junta Censoria de Cádiz y leída en las Cortes en la sesión del 18 de Abril de 1812' que dice así: «su estilo interesante, castizo lenguaje y divertidas invectivas lo hacen tan grato al oído y al entendimiento, como funesto al corazón, a quien seduce y corrompe».

Pero quizás lo más significativo de todos estos escritos es la visión que tras ellos subyace de un Cádiz convertido durante dos años en un ágora, plaza liberada,

(23) J. Marqués Merchán, *Ob. cit.*, p. 71.

(24) Citado por Albert Derozier en *Escritores políticos españoles*, Turner, Madrid, 1975; p. 259.

por la que circulaban las ideas apoyadas por unos folletos que se escribían pensando en su aire efímero, que apenas habrían de servir nada más que como soporte para una efímera réplica. Pero que no por ello dejaban de provocar tal como señalaba Adorno «multiplicidad de reacciones» y reflejar «lo amado y lo odiado» y en los que cada uno puede decir «lo que a su propósito se le ocurre».